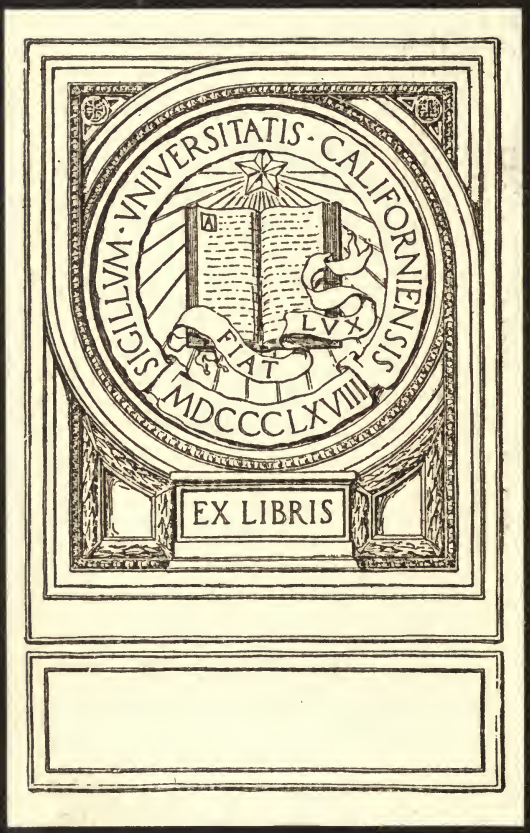
E
771
G3

YB 37984


SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
FIAT LVX
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS

BIBLIOTECA
LATINO-AMERICANA
DIRIGIDA POR
HUGO D. BARBAGELATA

FRANCISCO
GARCÍA CALDERÓN

# EL WILSONISMO

Con una semblanza del autor por
GONZALO ZALDUMBIDE

*Venta exclusiva :*
AGENCIA GENERAL DE LIBRERÍA
PARIS, 7, rue de Lille -:- -:-
BUENOS-AIRES, Rivadavia 1571

cal 55018
3

UNIV. OF
CALIFORNIA

García calderón, Francisco

# El Wilsonismo

Con una semblanza del autor por

GONZALO ZALDUMBIDE

E771
G3

FRANCISCO GARCÍA CALDERÓN

## Semblanza

*(Tomada de un artículo reciente)*

... Extraordinaria cosa, que un intelectual sudamericano haya podido llegar a este dominio de Europa y del mundo moderno, a esta resonancia como de cúpula excelsa en que repercuten las voces universales. Y más de admirar aún, que este perfecto europeo, continuando en ser por lo alto un auténtico latinoamericano, no guarde rezago ninguno de la inferioridad nativa. ¿Hay actualmente en América algún otro que se halle a esta altura de pensamiento y doctrina?

A quienes conocíamos desde antes su don genial y su estupenda preparación, nada puede en verdad asombrarnos. Desde mozo, allá en su Lima indolente, se alzaba ya a otear el mundo, vivía como al atisbo de indicios significativos y apresurábase a inquirir el curso definitivo de las corrientes espirituales. Su inteligencia impaciente, como privada en su propio suelo de aura vital, reclamaba la comunión en el centro de donde irradia todo saber.

808446

Vínose entonces a Francia. Y no hubo iniciación más rápida ni más cabal, asimilación más total ni más consubstancial. Fué quizás el primer americano del sur que con tanta decisión y felicidad se internara tan adentro en la ideología contemporánea. De regiones intelectuales antes no holladas por los nuestros, mandaba a América el relato maravillado y sucinto. Era nuestro Adelantado. Sus libros, breves sumas precisas y urgentes, apretados haces de cosechas desbordantes, llegaban a América cargados del pensamiento de Europa. Como en la edad colonial la llegada de los galeones, así muchos esperaban la de sus libros para orientarse y saber por dónde iba el mundo pensante.

No es aquí el lugar de estudiar esos libros que eran como la alegre relación de lo que para muchos equivalía a descubrimientos y atrevidas exploraciones sociológicas y metafísicas; ni tampoco el de hacer un estudio de su calidad de espíritu, estudio que bien pudiera llamarse desde luego: Francisco García Calderón o la pasión de comprender... Pasión de comprender por comprender, amor

de las ideas generales, necesidad de alturas para dominar el vario conjunto de la vida, exigencia vital de espacio para impetuosas y vastas generalizaciones. Hay en él una especie de urgencia, un ardor que sólo se nutre de lo esencial, un tenaz menester de hacer síntesis de síntesis. Si alguna vez sirvió de intermediario entre el *profanum vulgus* y la alta ciencia, fué a la manera de un Fontenelle, de un Fontenelle que alardease del don transfigurador y personal del estilo. Si expone ideas ajenas no es para enseñarlas, ni tampoco para analizarlas o criticarlas; sino más bien, para a su vez vivirlas, y antes en espíritu, que no a la letra. Por realzarlas a su valor máximo, hácelas suyas mientras las expone, así sean las más diversas y contrarias. Y con calor tal de comprensión íntima, que a veces uno se pregunta si es su opinión o la de otro la que exalta su acento jadeante. Su manera es, desde luego, algo más que mera probidad de expositor fidedigno. Entra, como se diría aquí, *dans la peau* del personaje, del autor a quien se sustituye con celo animador y pronto. Su opinión, la suya propia de verdad, por ahí la

suelta a menudo, con elegante desprendimiento, y pasa sin insistir. Porque, lo que le mueve, no es espíritu alguno de proselitismo. En las diversas ideologías no es tanto la verdad en sí, acaso inaccesible, — y quizá si en el fondo indiferente, (pues que no habrá de cambiar el dolor de vivir y morir), — lo que le preocupa : cuanto las pasiones del ánimo que los hombres despliegan en su busca o en su imposición. Es la violencia motriz de las convicciones, y como si dijéramos su poder destructor o palingenésico, lo que le interesa, y acaso más que ellas mismas. Por lo tanto sus exposiciones, aunque voluntariosamente despojadas, apretadas, esenciales, no son escuetas, ni frías. Anímalas una relampagueante vividez de inteligencia, una especie de embriaguez lúcida, más parecida a un lirismo férvido que no a una enteca manía de saber. De ahí aquel como ahinco que las dramatiza intelectualmente; y que su rápido estilo, abstracto y patético a un tiempo, hinque su nervio y su fibra en el epíteto exasperado de fuerza interna...

Gonzalo ZALDUMBIDE.

# EL WILSONISMO

El Presidente Wilson — el Presidente como se le denomina en Francia por autonomasia — fué beligerante y árbitro de la guerra, envió legionarios a los campos de Alsacia e impuso condiciones de paz. A él se dirigían los vencidos porque fué justo; en él esperaban los vencedores porque era fuerte. Repentinamente, su prestigio declina. En diez meses escucha ditirambos y condenaciones, himnos y sarcasmos. Escribir hoy sobre el wilsonismo es convertirse, en cierta manera, en cortesano del desencanto.

Superbuda, le llama irónicamente Léon Daudet. Daniel Halévy, biógrafo elegante de Mr. Wilson, se excusa porque consagró ocios delectos a estudiar su figura enigmática. En revistas inglesas de opuestas tendencias « The New Statesman », « The Saturday Review », hallo análogas críticas al Presidente. Aquélla

denuncia su « obtuso egotismo »; ésta descubre en Mr. Wilson, en su infortunado mensaje a pueblos viejos y archicultos la obra de un maestro de escuela que se creyó superhombre.

A medida que crece la inquietud europea, se convierte el Presidente en *bouc émissaire*. Ofreció la paz absoluta y se multiplican las querellas. Anunció el reino de la justicia y existen todavía opresores en el universo turbado.

De tiempo en tiempo estalla en notas acerbas su indignación. Se prepara a abandonar a esta Europa claudicante, a dejarla morir para que se convierta a doctrinas de América. Una protesta ardorosa, interminable acoge sus admoniciones.

En tanto, el enigma persiste. Recluso en la Casa Blanca, sin testigos, sin confidentes, el Presidente preocupa a los grandes poderes del Viejo Mundo. Papa protestante, universitario que discute intereses, místico en los caminos de la violencia, doctor, pastor, ¿cuál de estas funciones va a prevalecer en el hombre singular?

Su sonrisa conquistó a las turbas : su « admirable candor » sorprendió a Monsieur Clémenceau. Un cronista displicente le comparó con Moisés; ¿no debía el Presidente, al llegar a Francia, hacer brotar de las almas secas de los cancilleres, con varilla milagrosa, un surtidor de ternura?

El apóstol insiste, ama su misión, repite sus epístolas a los gentiles. Pero no acepta el último acto del drama místico, la crucifixión. Su ministerio se apoya en barcos y cañones, en la fuerza material y moral de cien millones de hombres ingenuos y viriles.

Su propio pueblo le discute, reniega de su dulce evangelio extraño a la ambición imperial. Como Tolstoï en la amargura de sus años crepusculares, Mr. Wilson abandona entonces la Casa presidencial, lleva a turbas inconstantes la buena nueva, sufre persecuciones y silbidos. Su razón se eclipsa, su alma se entristece hasta la desesperación, hasta la muerte. Inclinémonos ante la tragedia de este noble espíritu, la soledad moral después de la apoteosis, el odio de los hombres y el olvido de Dios.

Un amigo mío mandarín me refería que en la China remota se admiraba a este heredero de Confucio, al redentor del Asia proscrita que anunciaba a razas pecadoras el advenimiento de una paz sin vencedores ni vencidos. A Cristo le compararon otros pueblos tristes, otras regiones despojadas, porque traía la justicia al mundo sublunar.

Nos proponemos estudiar brevemente a esa figura soberana que engendró tan altas esperanzas en la humanidad exasperada por la guerra; analizaremos su doctrina que fué saludada en la agonía de Europa como una nueva revolución de la justicia en el mundo, un segundo mensaje de Galilea. ¿ Correspondió a la inmensidad de la catástrofe la acción y la esperanza del Revelador?

## I

### *El Hombre*

Conocí a Mr. Wilson hace diez años en Nueva York. En el suntuoso *Club* universitario almorzaba yo con Mr. Ginn, el editor de Boston. Mr. Wilson era entonces « presidente » de Princeton, rector de una universi-

dad menos importante que Harvard, historiador y profesor de ciencia política que estudiaba las formas y los órganos del Estado quizá con el secreto deseo de gobernar a su pueblo. Adusto, anguloso, casi hierático, breve y firme cuando hablada, me pareció uno de esos héroes de Carlyle que aparecen en la historia humana para transformar la fe y el amor de los hombres.

Nadie adivinaba en el profesor austero al futuro conductor de naciones. Sin duda el mentón agudo revelaba voluntad, tesón soberano; pero también brillaba en sus ojos una vaga luz de profecía. ¿Dejaría su celda de maestro por el tumulto de la acción, volvería a su gabinete después de haber sentido que es turbia y triste la vida intensa, sería un idealista extraviado en los comicios o un hombre práctico para quien los libros son meros instrumentos de la acción próxima?

Podía ser místico o capitán de voluntades. ¿A dónde le empujaría la vocación interior, el genio oculto que se convierte en fatalidad?

Diez años después en París, una tarde gris, le vi simple y cordial en medio de la pompa

antigua del palacio Murat. Sonreían a este demócrata pastor de multitudes, la gracia sensual de Boucher, tapices en que improvisaban Arcadias marquesas de una exquisita edad. Indiferente al amor artificioso y al encanto de sociedades pretéritas, Mr. Wilson me habló con lúcida pasión. Los gobiernos, las clases privilegiadas que no obedezcan al pueblo, — me dijo con ademán profético, — fracasarán y una humanidad más libre surgirá de las ruinas del pasado. — Una buena fe profunda parecía animar al Presidente. Era el idealista que torturaría a las almas beatas, pasivas, satisfechas, que llevaría una gran angustia a los hombres fatigados de luchas y de sufrir.

Me explicó al antagonismo presente, — el pueblo sano, el hombre natural de Rousseau que se levanta contra organizaciones y clases que lo oprimen, la gran esperanza de las muchedumbres compasibles, el crepúsculo de la violencia y de la autocracia. Un fervor mesiánico animaba al doctor de todas las gentes. Yo le escuchaba profundamente dominado por su palabra precisa y vibrante, por su beata sonrisa, por su indescriptible fe. Y la visita

diplomática se trasmutó en peregrinación a uno de esos misteriosos santuarios donde la humanidad trueca ex-votos por dulces quimeras.

Tomás Woodrow Wilson nació el 20 de Diciembre de 1856. Desciende de profesores y de pastores, de escoceses e irlandeses. Gravedad, ensueño celta, vida profunda de puritanos hallamos en su herencia moral. Su abuelo, James Wilson, fué juez. Su padre, Joseph Rupple Wilson, enseñó y predicó. El primar Wilson que llegó a Estados Unidos procedía de Ulster, la provincia irlandesa hostil a transacciones con la mayoría católica. Fundó dos periódicos en su nueva patria. De todas las evenidas ancestrales llegan al alma Woodrow Wilson direcciones que lo apartan de la vida práctica y tranquila. Meditará y llevará a la acción, sin premura ni escepticismo, convicciones inquebrantables.

El medio agrega su influencia a la antigua y profunda de los antepasados sajones. Crece en los Estados del Sud donde viven grandes señores rurales. El feudalismo de esa región agrícola afirmó quizá sus tendencias democrá-

ticas, como reacción contra la injusticia imperante del régimen.

Sus biógrafos refieren que el joven Wilson se desarrolla como todos los adolescentes de una sociedad refinada. Es un muchacho sajón que ama los deportes y se distingue en ellos. Su pasión por los libros se concilia, como en las grandes figuras de su raza, con la vida al aire libre, en rudos juegos que enseñan a combatir y a triunfar. Escribe a los veinte años. Será ensayista según la manera inglesa. Estudiará de preferencia a los políticos. Es el signo de una firme vocación.

Reúne, como otros profesores de energía americana, cualidades que parecen extrañas a una durable armonía. Le gusta la conversación de las mujeres y la reflexión solitaria, triunfa en el *tennis* y en los concursos literarios; supera a los mejores dactilógrafos y a los más brillantes oradores.

Nada revela todavía al director de hombres, al político que lleva a la acción ideales definidos, convicciones, pasiones intelectuales. Diríase que amara la torre de marfil, la muelle soledad poblada de libros y de visiones.

Por sus tradiciones y su educación Woodrow Wilson pertenece a los *happy few* de la república norteamericana. En el crecimiento formidable de su pueblo pertenecerá a los que estudian y escriben. En 1890, después de haber buscado su ruta y de haber preparado y publicado libros, es profesor de la Universidad de Priceton.

Empieza su carrera de maestro. Enseña jurisprudencia. Ha escrito ya sobre el Estado, sobre uno de sus órganos, el Congreso. Su ambición crece en el seno de la Universidad. En vez de limitarse a un dominio particular de la ciencia, se eleva a consideraciones generales sobre la educación nacional, sobre la función de las universidades en la vida de los pueblos democráticos.

En la perpetua querella de los antiguos y de los modernos, de los tradicionalistas y de los reformadores, el joven profesor sostiene la importancia de la educación clásica. En los Estados Unidos, apresurados y tentaculares, sin el correctivo de antiguas experiencias, de antiguos modelos, se disolverán los fundamentos de la nacionalidad. Mr. Wilson cree en la

eficacia de los estudios literarios, que darán a una república basta los dones que le faltan, principios y prejuicios, refinamiento y nobleza espiritual.

« La ciencia ha fracasado, asistimos a su bancarrota », escribía Brunetière. El profesor de Princeton suscribirá esas declaraciones perentorias. Es un moralista angustiado por el espectáculo del progreso contemporáneo. La ciencia desdeña el pasado que él ama. « En filosofía », — escribe, — « no ha traído el agnosticismo; en política, el anarquismo científico. » Es decir, negociones, destrucciones.

La ascención de Mr. Wilson continúa dentro del cuadro universitario. Después de maestro, será rector de Princeton. Ya su personalidad está formada. Sus ideas, sus ambiciones, se han definido. Llega la época de la acción intensa y armoniosa.

Aristócrata, profesor, moralista, tales parecen los rasgos fundamentales de su personalidad. Odia la injusticia, menosprecia la impureza y la vulgaridad del *boss,* agitador electoral; se inspira en nobles ideas abstractas : justicia, amor, humanidad. Va al pueblo sin

perder su distinción señoral, ama el progreso pero sin olvidar la majestad y la utilidad del pasado, se mezcla en la lucha de los partidos y lee a los místicos y a los poetas.

Como « presidente » de la Universidad de Princeton, Mr. Wilson va a convertirse en uno de esos grandes directores de la opinión norteamericana, un Eliott, un Butler, que desde sus gabinetes ejercen una especie de pontificado moral. Rectores que fijan en una democracia tumultuosa la vía necesaria, a quienes la muchedumbre se dirige espontáneamente como a infalibles autoridades morales para pedirles consejos o escuchar de ellos admoniciones. Mr. Wilson será un presidente de reformas inmediatas. No le satisfará la gloria de un predicator laico, de un doctor solemne en la encrucijada de pasiones y ambiciones.

Ante todo el estudio y no el ocio elegante. Las antiguas universidades favorecen el deporte y el diletantismo. En ellas, como en Oxford, se educan muchachos elegantes que prefieren los juegos nacionales a la disciplina escolar. En clubs, en mansiones lujosas, se forma una aristocracia que representa tradi-

ciones e intereses. Esta juventud libre, sin dirección ética, puede convertirse en casta inútil, refugio de peligrosos esnobismos. Mr. Wilson ama apasionadamente la democracia; cree que los pueblos se engrandecen merced a la contribución del hombre medio, de las clases oscuras y ambiciosas. Abrirá, pues, la universidad a todos los alumnos sin las antiguas reservas. En el seno del *alma mater* se confundirán todos, animados por un mismo espíritu fraternizarán para que la vida nacional sea el reflejo de esta franca amistad.

Un cuerpo de tutores los guiará en la vida diaria, limitará su excesiva independencia y sin alejarlos del deporte dará a los estudios solidez y severidad.

Reformas prácticas que inquietan a los administradores de la universidad. El Presidente respeta los antiguos usos; pero lleva vino nuevo a los odres viejos. ¿Cómo se trasmutará la universidad aristocrática en centro confuso donde se mezclan las clases y las ambiciones? Lentamente pierde su influencia el presidente revolucionario. Princeton conservará su interesante arcaísmo.

Mr. Wilson avanza entonces de la universidad a la política, de la cátedra a las agitaciones del foro. Ha fracasado su empeño de transformar el espíritu de Princeton. El « presidente » es demócrata y puesto que se opone a sus inciativas una institución orgullosa, abandonará la universidad para llevar a la vida de los Estados Unidos transformaciones decisivas.

Primero, como Gobernador de un Estado; después como Presidente de la nación, notamos en su ambición política, como en su carrera de profesor, un progreso sin sobresaltos, etapas admirablemente coordinadas hasta llegar a la más alta de las funciones públicas.

En 1912 es candidato demócrata al Gobierno del Estado de New Jersey. Triunfa y aplica a la política los métodos que ensayara en la universidad para realizar la modificación de la realidad en nombre del ideal democrático. Combate contra la mentira electoral, contra el *boss* corruptor, tirano local al servicio de los plutócratas, bajo cuya inflencia no llega la verdadera opinión norteamericana a dirigir la vida del Estado; combate los monopolios los *trusts*. Simplificación en los órganos del Go-

bierno, amor al pueblo y a sus inspiraciones, tales son los aspectos de sus primeras iniciativas políticas.

## II

### *El Escritor*

Cuantos quisieran que se abismara la obra moral y política de Mr. Wilson, le llaman ideólogo, es decir simpático cazador de quimeras. El sonríe y no abandona la lucha. Se enorgullece de ser universitario, defiende el espíritu de las academias, cree en la eficacia del libro, en la virtud de la meditación y del silencio. Silencio y soledad, repetirá como Carlyle.

He aquí, pues, un ideólogo, un hombre de libros y de ideas que aspira a dominar la vida después de haber analizado sistemas y comentado textos clásicos. No oculta sus preferencias y cuando escribe mensajes o discurre en alta voz, a los cuatro vientos del Espíritu, se expresa en forma elegante, en lengua aristocrática; eleva súbitamente el tono para convertirse en profeta.

Ha escrito ensayos y libros, artículos para revistas y obras importantes. ¿Quién entre los directores de la opinión norteamerricana no se mantuvo en permanente contacto con el público y discutió, en *magazines* y diarios, los problemas del pensamiento y de la acción? Mr. Wilson se consagró desde su primera juventud a los estudios políticos. Su maestro fué el sociólogo inglés enemigo de abstracciones, el elegante comentador de las profundas tendencias de su pueblo Mr. Bagehot. Mr. Wilson exalta, como él, el principio de autoridad y se mantiene en la vía media, entre la reacción y la demagoga, el idealismo quimerista y la práctica vulgar. De sí mismo dice : « Soy un espíritu muy positivo » ; pero escucha al mismo tiempo la voz de los agoreros y de los poetas.

Su obra capital, la Historia del pueblo americano, es decir de Estados Unidos, es un libro serio, frío, animado de intenso patriotismo. Mr. Wilson estudia en la evolución norteamericana « la marcha hacia el Oeste » que le parece el rasgo cardinal en la prodigiosa ascención de su raza. Del Este viene el espí-

ritu, el puritanismo inquieto, el idealismo y el amor a las letras. En el Oeste está la acción, la vida ardua y peligrosa, la aventura que embriaga a una raza joven y audaz. ¿Se resolverá el conflicto entre ambas direcciones morales, realizará la gran República la síntesis esperada, será desinteresada y activa, religiosa y utilitaria?

Mr. Wilson no escruta el porvenir. Fielmente, minuciosamente sigue el progreso de los Estados Unidos de la dispersión a la unidad, de la unidad a la expansión, de la vida colonial a la vida imperial. No le pidamos la pasión de Michelet, la erudición de Mommsen. Narra, comenta, eslabona épocas sin premura en lengua castigada y fluida.

Un libro voluminoso dedica Mr. Wilson al Estado. No es un estudio filosófico o una teoría original. El autor resume doctrinas y épocas. Expone con rara penetración y nos lleva suavemente a reconocer que la democracia es el cuadro definitivo del progreso social. Aristocracias y oligarquías perecen y en este corpúsculo ineludible, la humanidad descubre una nueva ruta de Damasco. En ella encontrará

la paz, la igualdad, y escuchará las voces más recónditas de Dios. De Aristóteles a Tocqueville y a Mr. Bryce, todos los grandes tratados políticos los ha leído y anotado Mr. Wilson y ellos han robustecido su esperanza. La autocracia, el imperialismo, el gobierno de clases explotadoras, de intereses particulares, de coaliciones financieras, va a morir. Mr. Wilson se prepara a darle la última batalla con todas las fuerzas congregadas de su pueblo.

## III

### *El Reformador*

En la obra de Mr. Wilson el pensamiento anuncia la acción, la doctrina sirve a la política, el idealismo aspira a dominar, a incrustarse en la dura realidad. Como tratadista no iguala a Tocqueville; como historiador es inferior a Thiers, como ensayista, le superan Macaulay, Bagehot, Mathew Arnold. El escritor cede el paso al reformador. Abandona la quietud polvorienta de las bibliotecas y avanza a la conquista de la vida.

¿Para qué sirve la idea que no *paga,* que no es útil? — preguntan los pragmatistas norteamerricanos hostiles a la estéril contemplación de la realidad. En un pueblo joven, el juego dialéctico, la especulación desinteresada parecen entretenimientos bizantinos. Mr. Wilson discutirá y planteará reformas. Le angustian las nuevas discusiones que hombres impuros señalan a una generosa y activa democracia.

Halla un orden nuevo en la nación amada : aspereza en la lucha, tiranía de organizaciones plutocráticas, esclavitud difusa a la cual opone « una nueva libertad ».

Dominan en los negocios magnates multimillonarios, el individuo celoso de sus derechos se siente vencido por « grandes máquinas impersonales ». El sistema económico que triunfa en los Estados Unidos « no tiene corazón ».

Acusación formidable para un director de pueblos atento siempre a la tristeza y a la miseria de los hombres, Mr. Wilson denuncia esta ominosa situación : « La industria americana no es libre como lo fué antaño, — escribe, — no goza el americano de libertad

en sus empresas. Reinan los capitalistas implacables, el pueblo sufre, la clase media declina. Es decir, que el régimen del monopolio se substituye al de la libre y fecunda concurrencia, que la democracia se siente vencida por intereses particulares despóticos. »

Pero ¿qué es la América sino el dominio de los hombres libres? Mr. Wilson afirma orgullosamente que su patria fué creada para vencer monopolios y para formar hombres de fiera autonomía; para llevar la igualdad al seno de clases orgullosas de inicuos privilegios. Hoy descubre nuevos amos, el sindicato de los industriales y los capitalistas « tutores que reducen a minoría al más activo, al más enérgico de los pueblos »; la alianza impía de los *bosses* (caudillos en las elecciones) y de los Grandes Negocios.

El Presidente propone reformas bancarias, medidas contra los *trusts,* contra las grandes compañías cuyos presupuestos superan a los de algunos Estados y « que son más poderosos que repúblicas enteras »; restringe la protección excesiva que favorece a determinadas industrias, estimula la concurrencia,

examina los aranceles que desterrando al rival extranjero perpetúan graves monopolios. « El íncubo, el demonio que pesa sobre el país, — escribe Mr. Wilson, — es el monopolio tal como se halla organizado en nuestra vida industrial ». El Presidente será, como el rey de las antiguas monarquías, el defensor del pueblo contra pesadas tiranías. El *referendum*, consulta a la nación para que un poder legislativo viciado en que dominan intereses particulares no oprima a la masa laboriosa, la continua intervencion del Presidente contra las coaliciones que amenazan la unidad y la libertad americanas, — liga de los magnates o sindicalismo agresivo, — evitarán a la más generosa de las democracias los males de viejos continentes.

M. Wilson lleva a sus reformas, como a la guerra europea, su fe en la democracia. « Las naciones se renuevan por la base, no por la cumbre », — escribe. Del suelo asciende la savia de los grandes árboles gloriosos. La sabiduría viene del pueblo, del hombra medio, no de las castas omnipotentes. El reformador escucha esas oscuras voces comunes que traen el

aliento de Dios. Seguirá a la multitud y no a sus gobernantes; desconfiará de las individualidades soberanas que exaltaba Emerson para inspirarse en los pensamientos simples y en la ingenuidad de los humildes.

La democracia wilsoniana se compone de hombres independientes. El presidente opondrá como Spencer el individuo al Estado, « *the man versus the State* ». « Todo lo que deprime, todo lo que contribuye a que sea la organizacion más fuerte que el individuo », — leemos en uno de sus libros, — « todo lo que detiene, descorazona o abate a los humildes, es contrario a los principios del progreso. »

Mr. Wilson afirma que en estos principios se resume la contribución original del espíritu norteamericano a la civilización.

## V

### *El espíritu norteamericano.*

¿Cómo definir ese espíritu en presencia del más grande de los cataclismos humanos? Le acusaron de neutralidad excesiva los poderes de Europa que combatieron y sufrieron en la

guerra. Allí está, — decían, — acumulando oro en arcas ávidas, la República de Mammon. Se interesa en que dure la guerra que arruina a los beligerantes porque toda la riqueza del mundo llegue a Wall Street. Sin embargo, esta gran nación utilitaria salva a Bélgica de la miseria, envía misiones de caridad a todos los campos de muerte. El mundo que sangra juzga con injusticia a cien millones de hombres laboriosos y benévolos. Se les critica porque se enriquecen; pero si clausuran sus fábricas y sus mercados, perecen los beligerantes.

El Presidente Wilson combate con su máquina de escribir, dicen los cronistas; — derriba con notas a los Imperios tentaculares. Fácil ironía que olvida la intervención insólita de las fuerzas morales en esta guerra de naciones. En Berlin sonríen cuando llega, según el dibujo de un caricaturista, el barco grave con la centésima nota del Apóstol. — « Es injusto « — exclaman los alemanes. — « Es impasible », insisten los aliados.

A veces parecen extraños al dolor del mundo antiguo los americanos del Oeste rudo, del

Este religioso. No comprenden la política de Europa, sus viejas rivalidades, sus odios de razas, ellos que han realizado la fusión de las religiones y de las naciones sin esfuerzo.

En vano se afanan en explicar el alma de este pueblo los estadistas europeos. ¿ Ama sólo el dolor con impura pasión, es capaz de interesarse por problemas universales, prefiere la Justicia a la Fuerza en las relaciones de los Estados? Democracia de « primarios », oligarquía de magnates improvisados, república de viejos puritanos, nación imperial, pueblo calibanesco : entre tantas calificaciones, ¿cuál traduce mejor la mente oscura de esta colectivitad rica, ingenua, activa, orgullosa? Y si queremos personificar en hombres singulares, la actividad, la ambición de los Estados Unidos, ¿quién representa mejor su espíritu, Mr. Roosevelt o Mr. Wilson?

Tantas interrogaciones se planteaban para que las resolviera, como un *experimentum crucis,* la guerra de Occidente. Hoy conocemos mejor el ser profundo de la nación ciclópea. En nombre de principios absolutos intervino en la gran contienda. Consumió en ella el oro

que había acumulado trabajando. Alejó al espectro del hambre de los campos de Europa moribunda; se inspiró en la idea de la paz sin violencia, sin odios persistentes.

Los Estados Unidos aparecen como un pueblo que ama la acción y la expansión; pero sin que sólo la utilidad mueva su ambición. Idealistas, consideran la riqueza como medio y no como fin. Demócratas, corrigen la tendencia de la vida a establecer desigualdades dolorosas. Místicos, creen en el milenario, en Argamedón; esperan que el hombre será redimido en la ciudad futura y que desaparecerán el mal y la injusticia de la tierra. Se arman para que el derecho triunfe, sangran en empresas de quijotismo, se preocupan como los antiguos estoicos del dolor de Armenia y de la miseria de Austria.

En sus cruzadas los anima un celoso proselitismo. Vencen en Europa y se retiran luego; parecen abandonarla porque el mundo antiguo no adopta sin reserva sus principios, porque cree siempre en la excelencia de su política, un maquiavelismo sonriente y paciente. Vuelve la República a sus negocios, a su

egoísmo, en terrible crisis de desencanto. Se sorprenden los pueblos de Occidente de este repentino cambio de actitud. Olvidan la enseñanza de Mr. Stead : los Estados Unidos aspiran a americanizar el mundo, a conquistarlo en el orden espiritual, a extender al universo el ideal democrático en toda su plenitud. Esta guerra ha sido para tal ambición una victoria incompleta.

Se clausuran, pues, las arcas del pueblo millonario; se establece una inquisición financiera, tan cruel como la de los años sombríos en que ardió, en periódicas hogueras, la herejía. Conviene que Europa sufra para que se convierta a las sanas doctrinas de América : la miseria y el hambre la curarán como el tormento. Mr. Roosevelt, Mr. Wilson, Mr. Lodge, creen todos con fervorosa convicción en la excelencia del espíritu norteamericano, en la caducidad del ordan europeo, de sus métodos, de su diplomacia, de su concepción de la vida y del progreso. Y con la necesaria aspereza de este magisterio transcendental, piden a Europa que se corrija o que muera, olvidan la fraternidad guerrera y hallan una

nueva voluptuosidad en su magnífico aislamiento. Sin duda dominan en el Senado norteamericano intereses y un inquieto nacionalismo; pero también se levantan en ese cuerpo tan poderoso como el Senado de Roma, voceros de los pueblos oprimidos que condenan la cesión de Panamá y piden para las colonias, Filipinas, Puerto-Rico, la independencia completa; que extienden a Irlanda la protección de Estados Unidos, a todas las razas despojadas, el principio de libre gobierno.

En suma, América combate por un ideal preciso, despilfarra su poder y sus riquezas para servirlo. Si el universo vuelve a antiguos errores, el genio norteamericano se hace duramente egoísta como fué pródigamente generoso. ¿Qué pueblo, qué Gobierno, podría ser condenado porque no batalla en favor de aspiraciones extrañas y de pasiones hostiles a su tradición y a su espíritu?

## VI

### *El Wilsonismo y la Gran Guerra.*

Mientras Europa sangra, Mr. Wilson medita y escribe notas diplomáticas, ¿ Por qué no

interviene en favor de la paz? — exclamaban las almas miserandas.

Figuraos a Mr. Roosevelt a la cabeza de los Estados Unidos : no hubiera olvidado duras páginas de su libro sobre la vida intensa, su elogio de la guerra y de las virtudes viriles y se hubiera precipitado en la gran aventura sin realizar, en su pueblo dividido, la unanimidad moral. Mr. Wilson, que no es buen cazador ante el Eterno como su rival, que prefiere a la rudeza de la *jungle* la paz de una capilla misteriosa y los diálogos con Dios, interviene en el conflicto de las potencias occidentales sin premura, cuando en los inmensos Estados Unidos ninguna voz se levanta, o discrepante o inquieta, y conserva su función de árbitro en la contienda europea.

El Presidente opone a los imperios tentaculares los mismos principios que le guiaron en el combate interno contra los magnates plutocráticos. Democracia, porque en el pueblo y no en la cumbre residen la fuerza, la salud y la verdad ; triunfo del individuo, de su iniciativa libérrima, de su energía reformadora contra las organizaciones « sin corazón ».

Antes de ser beligerante, examinerá *au-dessus de la mêlée* el formidable antagonismo entre la Europa liberal y Alemania; pedirá a los pueblos ensangrentados que definan sus ambiciones de guerra, formulará principios, artículos de un credo definitivo; olvidará intereses y dolores en nombre de ideales escuetos y de dogmas fríos.

El wilsonismo doctrina, evangelio, ideal intangible puede resumirse en algunos principios fundamentales : contra las tradiciones europeas, diplomacia sin secretos, política inspirada por la idea de humanidad, de los derechos y los deberes del hombre; paz justa en contraposición al equilibrio de pueblos, como base de la regeneración ineludible, igualdad entre grandes y pequeñas naciones, consentimiento de los pueblos como fundamento del gobierno libre, independencia nacional ligada al acceso de cada pueblo a las grandes vías marítimas.

El wilsonismo inicia en primer término una diplomacia franca, en pleno foro, a los cuatro vientos de la opinión. Ni reservas ni transacciones propias de un nuevo Congreso de

Viena : la paz justa, la paz durable, la paz del mundo, repite con insistencia el Presidente. Olvidará pronto en la asamblea de París, bajo la presión de políticos inquietos, esa promesa trascendental, discutirá los graves problemas de la paz, en la reclusión de un gabinete misterioso donde se construye penosamente un mundo nuevo.

Mr. Wilson abandona a veces esta diplomacia secretísima, el diálogo severo entre tres o cuatro dictadores y busca en su pueblo y en todos los pueblos inspiración y aplauso. Escándalo en Europa cuando expone las razones en que funda su condenación de las esperanzas y de las ambiciones de Italia. El tratado de Londres entre Inglaterra, Francia e Italia, fué un pacto secreto : Mr. Wilson rasga su levita protestante y denuncia esa última creación del maquiavelismo redivivo.

Europa aspiraba a un orgulloso aislamiento; la rodeaban zonas de barbarie, continentes secundarios y sumisos. El Presidente funda la verdadera *welt politik,* la política mundial. El universo es otra vez el Cosmos de los estoicos. Las naciones se juntan en una gran sociedad;

por las venas de la tierra circula el mismo impulso vital. « No somos ya simples ciudadanos de un Estado, — decía el Presidente, el 5 de Mayo de 1917. Las horas trágicas de treinta meses de una perturbación tan profunda han hecho de nosotros ciudadanos del mundo. » No de otro modo expresaron su convicción filosófica Epicteto y Marco Aurelio para los cuales la tierra entera era una gran ciudad. « Ha olvidado el Canciller Hertling, — escribe Mr. Wilson, — que habla « ante la corte de la humanidad ».

Una nueva voz se levanta, « la voz de la humanidad ». El Presidente la escucha religiosamente. Cada día es más fuerte, más claro el grito de los pueblos dolientes. No pide venganza, sino justicia; sangre sino paz. Mr. Wilson se erige en campeón de « los derechos de la Humanidad ». Los Estados Unidos van a la guerra sin íntimo rencor, sin propósitos egoístas. Aspiran a vencer en noble cruzada para que el mundo sea definitivamente libre.

Sólo llegará a serlo cuando desaparezca un gran poder militar, cuando se abisme una casta altiva, en el rudo reino de Prusia. Ale-

mania gobernada por los señores de Póstdam es el « enemigo natural de la libertad ».

El wilsonismo se bate por la liberación de todos los pueblos, entre ellos el alemán; nada quiere para la República sajona sino ese divino bien de la independencia de que van a participar todas las naciones.

No odia al pueblo teutón dominado por autócratas, lo ligan a él « sentimientos de simpatía y de amistad » (5 de Mayo de 1917). Separa a los súbditos ingenuos del Emperador, del poder que no tiene « honor ni conciencia ». El Presidente insiste (2 de Abril de 1917) : « Somos sinceros amigos del pueblo alemán y nada deseamos tanto como el restablecimiento de estrechas relaciones con él para nuestro mutuo provecho. Por difícil que sea el comprender tal sentimiento, está en el fondo de nuestro corazon. » Más tarde escribe (14 de Junio de 1917) : « No somos enemigos del pueblo alemán y no es él nuestro enemigo. »

La civilización está en peligro : el derecho tal como lo define el Occidente liberal, vale más que la paz; la libertad del mundo se halla amenazada por una tiranía sabia, prodigiosa-

mente armada para la guerra. ¿Cuál es esta civilización que exige inmensos sacrificios de sangre? La civilización democrática. El Presidente define, explica, comenta en brillantes mensajes este pensamiento cardinal. « Nos batiremos, — escribe en Abril de 1917, — por las cosas que amamos de corazón, por la democracia, par el derecho que tienen los que se someten a una autoridad de tener voz en su propio gobierno, por los derechos y la libertad de las pequeñas naciones. » En Europa, en Asia, los Estados fuertes oprimen a los débiles, olvidan la regla de la igualdad, atribuyen su supremacía a principios extraños al derecho, la masa de hombres, la fuerza bélica, el poder industrial. Llega a las luchas por el predominio un estado justo que es también un estado fuerte. Se cumple el voto de Pascal : « Para que la justicia sea fuerte es necesario que la fuerza sea justa. »

Los Estados Unidos se convierten en nación protectora de los débiles, se oponen con noble abnegación a las naciones omnipotentes. Mr. Wilson defiende a Armenia contra Turquía, a la China contra el Japón, a los

Yugoeslavos contra Italia.

Por vez primera surge un árbitro armado para juzgar a los estados despóticos. Sin embargo, no es invulnerable la coraza del justo. Oprime a Santo Domingo, amenaza a México con la invasión y la conquista. Mr. Wilson me decía en París con admirable franqueza : « Comprendo que la América Española nos tema. La política de Mr. Roosevelt ha pesado terriblemente en nuestra historia. Yo os digo, en verdad os digo, que si un partido injusto amenaza a México, quiero que la Liga de las Naciones imponga a mi país moderación y prudencia. »

Estudiando la *Nueva Libertad,* el Presidente ha explicado la función gloriosa de América en el mundo contemporáneo.

Si fué creada una América, — escribe, — fué para que se ditinguiera de las otras naciones del mundo en que el fuerte no podría allí oprimir al débil, cerrarle el campo de la libre concurrencia. » Un nuevo orden moral llega al mundo porque cien millones de hombres crecen volviendo las espaldas al pasado. Un sistema político perece y, entre dos océa-

nos, en el más libre de los continentes, « la vida humana ha ofrecido subir más alta que en cualquiera otra región de la tierra ». Tal es la altiva fe de Mr. Wilson y de sus compatriotas. ¿Cómo pedir que la abandonen al llegar a Europa donde se perpetúan viejos errores, absurdas enemistades, prejuicios duros y tristes como la pátina de las piedras gloriosas? Una civilización original, una « nueva experiencia humana », tal es la significación de América (la América sajona), su contribución en la caducidad de Europa y de Asia. Los peregrinos abandonaban el orbe antiguo, el continente sin esperanza para « servir la causa de la humanidad », « para llevar la libertad al género humano ».

El Presidente ofrece a Europa una paz original, una paz contraria a sus tradiciones. Vuelve uno de esos peregrinos con la sabiduría de América a este viejo mundo decadente. Mr. Roosevelt puso cátedra en la Sorbona; Mr. Wilson enseña en los Parlamentos y en los palacios.

La paz wilsoniana contenía catorce artículos invariables. Libertad de los mares, decía su

mensaje. — Inglaterra, inquieta, protestó. Sus enemigos la acusaron de *navalismo,* es decir de un militarismo marítimo, tan implacable como la prepotencia de los ejércitos prusianos. Inexplicable acusación contra un poder que funda a través de los océanos prósperas democracias. El Presidente aspira a que todos los pueblos posean salida al mar, que "no se vean separados de las libres vías del comercio mundial." No se trata de un principio absoluto. Mr. Wilson precisa su pensamiento : el acceso a las rutas marítimas les será otorgado "en la medida de lo que sea possible", y si una cesión de territorio para tal fin contraría otros intereses, se impone "la neutralizacíon de ciertas vías de acceso que tendría las mismas garantías que la paz."

Paz justa, igualdad jurídica de los pueblos, asociación de naciones, tales son los motivos centrales en la predicación tenaz de Mr. Wilson. Falta la dulce sonrisa de las parábolas para que el mensaje político se convierta en evangelio. A veces terminan en salmo bíblico los discursos : "la mano de Dios se extiende sobre las naciones. No las bendecirá, estoy fir-

memente convencido de ello, si no se elevan a las luminosas cumbres de su justicia y de su propia gracia."

El Presidente sugiere a todos los beligerantes los términos de la verdadera paz. Ha de ser garantizada por la "fuerza organizada de la mayor parte de la humanidad", traerá "justicia integra y completa" para amigos y enemigos; será una paz sin victoria, en que no podamos escuchar "el débil lenguaje del odio y de la venganza."

Sólo así terminarán las guerras de dominio y se consolidará, sobre las ruinas de un orden caduco, une "Europa satisfecha" que será también una "Europa estable". Las naciones menores hallarán en el régimen futuro garantías contra el imperialismo. "No habrá diferencia entre las grandes y las pequeñas naciones, entre los que son poderosos y los que son débiles." Terminará esa lucha por el equilibrio de fuerzas y de influencias que ha angustiado a los hombres durante un siglo.

Ayer no más trocaban los soberanos provincias sin consultar su voluntad, hacían un impúdico comercio de almas, "como simples

bienes muebles, como piezas que se cambian en un juego, el gran juego, hoy para siempre desacreditado, del equilibrio de las Potencias", escribe Mr. Wilson. Mañana, bajo el imperio de la nueva política, la voluntad, la soberanía, el interés de las poblaciones serán consultados en los arreglos territoriales, en los debates de las cancillerías. Ya no se convertirán los pequeños Estados en "instrumentos de dominio" en manos de los grandes poderes, comunidades explotables que servían a injustos planes en la mente de cancilleres maquiavélicos.

El *novus ordo* será una asociación de pueblos democráticos. En él la imperial Alemania tratará "de igual a igual" a pequeñas y débiles naciones. La Liga de pueblos, no de gobiernos, he aquí la suprema esperanza del Presidente reformador. *C'est son dada,* me decía un Embajador en París, su manía, su locura, de Quijote doctoral: "sólo los pueblos libres, — escribe el Presidente en su crítica de los gobiernos autocráticos, — pueden mantenerse firmes hasta el fin en sus designios y en su honor, y preferir los intereses de la humanidad al mezquino interés personal". Co-

munidad de poderes en vez del antiguo equilibrio, desarme parcial, porque la paz militar, con ejércitos y estados mayores vigilantes prepara guerras, como órgano que aspira naturalmente a ejercer su función. "Es necesario, — dice el decimocuarto de los artículos de la paz wilsoniana, — que una asociación general de las naciones sea constituida en virtud de convenciones expresas que tengan por objeto ofrecer mutuas garantías de independencia política y de integridad territorial a los pequeños y a los grandes estados."

Conocido es el tesón del Presidente para incorporar en el tratado de Versailles el *Covenant,* el pacto de los pueblos libres; la operosa intervención de un idealista que quiere ignorar las ambiciones de los nacionalismos exacerbados. Mr. Wilson cedió en parciales disputas, como en el caso de Chantún y menoscabó su autoridad inclinándose ante el imperialismo de un poder oriental. Su obra generosa sufrió persecuciones y contradiciones, se convirtió en desideratum más que en inmediata y firme realidad.

¿Fué inferior el Presidente a su misión, a

su esperanza? Era un personaje noble y falible y pesaba sobre sus hombros frágiles la tarea de un demiurgo o de un dios : transformar a los pueblos, instaurar el reino de la justicia absoluta, uniquilar las guerras, depurar las almas, santificar la tierra. Mr. Keynes, despiadado testigo de las discusiones de Paris, ha acusado de egotismo, de orgullo desmesurado al Presidente. Cuando todas las injusticias históricas se dirigían al Reformador, Mr. Wilson se sintió transformado por una magnífica ambición, amó a los hombres con frenesí y se consumió de amargura al descubrir que eran siempre humanos, demasiado humanos.

Sin la paz wilsoniana, volverán las luchas a este mundo sublunar "se cerrarán una vez más implacablemente sobre la humanidad las puertas de la misericordia", escribía el Presidente. ¿Triunfará la convicción de sus enemigos que atribuyen a su "candor" todos los males presentes? la paz "sin privilegios para los vencedores" hubiera sido más segura y durable que una sustitución de hegemonías? Veinte siglos de experiencia humana nos inclinan a pensar que no ha llegado todavía a la

tierra la justicia pura.

*
**

Como el Pontífice en las guerras medioevales, el Presidente interviene para llevar a un continente desconcertado la tregua de Dios. El Papa protestante se opone deste Wáshington, al César católico de Roma.

Oposición, desplazamiento del eje religioso del mundo en que se manifiesta el antagonismo de dos tradiciones y de dos políticas. El Papa blanco anunciaba, durante la guerra, en fórmulas sibilinas, el advenimiento de una era armoniosa en que la justicia vencería a la fuerza; sugería, esperaba, en la quietud de su santa misión; no pronunciaba sentencias ni dirigía admoniciones. Levantaba una tímida cruz como si no hubiera querido irritar las pasiones colectivas. Aun cuando pensaba el Pontífice en Bélgica, cenicienta de un catolicismo demasiado neutral, no exigía, con bíblica ira, reparaciones.

Insinuaba lo que sería el día lejano de la paz, el noble reino desolado.

Mientras tanto, un doctor protestante se

indignaba y combatía por la justicia. Definía el deber presente para los pueblos augustiados. Su misticismo activo contrastaba con la paciente lección de Roma.

En el duelo de dos Papas, el de América representa el Cristianismo perdurable, la religión que disolviera un orden de realidades políticas y fundara en las conciencias el culto de la justicia absoluta.

El catolicismo, religión adecuada a la tierra, a sus contradiciones y sus lentitudes, ignora la rudeza de los profetas ingenuos que creen en un dulce milenario. Hubiéramos querido, en el árbitro santo del Vaticano, la antigua y heróica condenación de pontífices acerbos en presencia de Bélgica martirizada, de Armenia transformada en espantoso jardín de suplicios.

Calló entonces el déspota bueno de las conciencias y surgió la admirable figura del Cardenal Mercier en quien se maridan dos grandezas, la santidad y la sabiduría. El Padre augusto expresó sin duda su tristeza al pequeño reino fiel; pero no olvidó los intereses del mundo, la tradición política de la Roma papal.

El cristianismo convertido en iglesia es religión y diplomacia, imperio y doctrina de justicia, autoridad frente a otras autoridades, cura de almas y atención necesaria a pasiones, ambiciones y riquezas.

Porque fué más simple la inspiración de Mr. Wilson trajo a Europa profundas inquietudes espirituales. No comprendieron los políticos de la Razón de Estado a este optimista impenitente que ofrecía a los hombres la paz definitiva y el reino de Dios. El Presidente sostiene que un viejo mundo complicado y artificial, donde se superpónen en cada región civilizaciones diversas, puede ser reformado con esas francas soluciones de América, del continente que plasma a gentes extrañas, disuelve antagonismos centenarios y crea hombres nuevos sin fatiga.

Políticos, historiadores, filósofos afirman que erró el ideólogo generoso applicando a realidades distintas principios uniformes. "No somos enemigos del pueblo alemán", repetía Mr. Wilson, separando a la nación germana de su gobierno autocrático. Pero ¿no ama la raza teutona, desde los tiempos de César, la

guerra y la invasión? Cuando los estadistas reclaman garantías contra el sempiterno enemigo, se inspiran en la experiencia de diez siglos. Desconfían de provisorias almenas y buscan en un río cargado de historia, el límite que evite o aleje nuevas invasiones del pueblo conquistador.

Mr. Wilson cree en la inmediata conversión de Alemania. Observadores menos lejanos, menos generosos, sostienen que el carácter de cada pueblo se mantiene idéntico durante centurias, que leves modificaciones no llegan a trasmutar su sér profundo y que será por muchas décadas peligrosa para la paz de Europa la "furia teutónica".

Los pueblos deben gobernorse a sí mismos, declara el Presidente, — y naciones y provincias de Europa, de Asia, de Africa, se levantan contra sus dominadores. Mr. Wilson multiplica conflictos en nombre de una paz durable. Europa se divide y subdivide, las tentativas de unidad, las grandes síntesis fracasan, se multiplican los nuevos estados en la ruina y el dolor de los antiguos, naciones infantes recogen la herencia de pue-

blos viejos y experimentados : la justicia absoluta, integral, engendra el caos.

¿Dónde está la verdadera solución de los conflictos europeos, en la relativa paz que ofrecían a poblaciones desemejantes los estados fuertes, o en la anarquía interminable que las reivindicaciones nacionales suscitan en el indefinido fraccionamiento de los estados? El mundo avanzaba hacia la unidad; oponía a la dispersión la concentración, congregaba fuerzas en el orden intelectual, económico y político. Al contrariar esa impulsión profunda pueden traer una regresión los generosos principios del Presidente.

El Congreso de París, declaraba el optimismo de las naciones liberales, no repetirá el error diplomático y político del de Viena; no construirá alianzas funestas para el dominio y el reparto del mundo. La paz permanente, no el orden sostenido por una coalición de autocracias, he aquí la obra próxima de las democracias asociadas. Si juzgamos las influencias de ambas asambleas según el criterio norteamericano, una regla pragmática, el tratado de Versalles parece inferior al de Viena. Treinta

años de paz sucedieron al pacto de los monarcas.

La política wilsoniana es la expresión de un continente original, de un mundo sin duras tradiciones, sin odios milenarios. Excelente cuando se aplica a naciones uniformes, generadora de unidad en América, es inadecuada a Europa, mosaico de religiones y de razas. En ella multiplica las querellas, revive aspiraciones regionalistas que había amortiguado o vencido la nación, con la presión de leyes e intereses comunes.

## *La América Wilsoniana*

Europea reniega del pastor de continentes. Aceptó su severa ley, ofreció renunciar a su política tradicional — garantías, equilibrio, compensaciones territoriales, sustitución de hegemonías — y comprende que su alma doliente es incapaz de tal sacrificio. Luchan dos diplomacias en las cancillerías. *Et adhuc sub judice lis est.*

Pero el continente americano con sus tres familias, sajona, española y portuguesa, no sólo ha restablecido el orden del mundo anti-

guo según el voto de Canning, sino que ha salvado una civilización. Los pueblos de Europa aceptaron, para vencer el ideal político de naciones lejanas, la cándida esperanza de estados infantes y en el universo tembloroso se levantaron estrellas ignoradas.

¿Vencerá esta nueva cultura, generosa, optimista? Sin su contribución guerrera y financiera hubieran cambiado los destinos del mundo, se hubiera abismado el régimen político de los pueblos liberales, desaparecería de Europa la obra de los reformadores y de los revolucionarios. Francia, Inglaterra, Italia, hubieran sido vencidas por una América germanizada, dócil a lecciones de violencia, sin otro ideal que la absorción del individuo por la inmensa máquina del Estado.

Sin duda las republicas del Sur, frágiles y fervorosas, no pudieron enviar una masa de hombres disciplinados para la reconstrucción del mundo. De todas partes, de México a las riberas del Plata, muchachos heroicos, inquietos, caballeros del ideal, acudieron a la cita sangrienta. ¿A dónde no llevaron su vida pura y su fe clara? En los campos de batallas de

Europa duerme esta aristocracia de nuestra América, entusiasmo, desinterés, belleza. El continente español y portugués ofreció a Francia individualidades que encarnaban su más generosa ambición.

También reunió la América fuerzas morales, los imponderables de Bismarck, para que se inclinara, merced a esta sutil presión, el destino de Occidente. Expresiones de lucida amistad, salmos de sus poetas, el oro abundante para curar dolores, una prensa romántica en que con nueva sonoridad representan las victorias de los aliados, una legión de escritores que exalta a Francia, que admira a Inglaterra, un prodigioso concurso de fe activa acompaña a los ejércitos que resisten, que retroceden, que vencen en años de turbada esperanza.

Esta contribución de las fuerzas militares, morales, económicas, de las dos Américas, la sajona y la latina, decide de la guerra en Europa. Si se hubieran cerrado los puertos del continente español y portugués a los aliados, si los Estados Unidos hubieran mantenido una neutralidad estricta en la cruzada contra Alemania, vencían definitivamente los Imperios

autocráticos.

Tal es la orgullosa convicción de América, del mundo que ha hallado en el Presidente apostólico su portavoz emersoniano, un *representative man.*

El wilsonismo no puede ya ser artículo de exportación. Los Estados Unidos, impotentes para llevar profundas trasmutaciones a Europa y Asia, impondrán la justicia armada en el Nuevo Mundo. Olvidando en nombre de universales intereses humanos los límites que fijó la doctrina de Monroe a la política exterior de la Gran República, Mr. Wilson ofrece la paz justa a la guerra de Occidente, interviene como mediador, se interesa por pueblos lejanos, defiende a Polonia, a Bohemia y a Armenia.

No olvida, sin embargo, que existen problemas cercanos, intereses que tienen el privilegio de la vecindad, un orden de repúblicas sobre las cuales ejerce la América sajona hegemonía moral. El Presidente de la República del Salvador ha fijado, en una carta muy comentada, la importancia que los mensajes al mundo y los catorce artículos evangélicos del

Presidente tienen para las futuras relaciones entre los dos grupos de pueblos del Norte y del Sur. A la actitud de desconfianza de las democracias neoespañolas sucederán signos de franca adhesión.

Escritores y políticos expresaron con frecuencia su inquietud ante el desmesurado crecimiento político de los Estados Unidos. ¿Quién vigilará al formidable tutor? ¿Dependerá un mundo tumultuoso de la buena voluntad de este hermano mayor inclinado a bruscas agresiones y a peligrosos monopolios? Mr. Roosevelt alarmó a veinte naciones poniendo su mano robusta sobre Panamá. ¡*I took Panamá!*, exclamó orgullosamente, es decir, usurpé tierras ajenas, despojé a Colombia, reemplacé el imperialismo insidioso por la conquista franca. Y su risa, que domara en el *jungle* a los felinos, irritó a dos generaciones de iberoamericanos.

Del Presidente cazador al Presidente evangelista, cambio de programa y de ambición. Mr. Wilson se dirige a los americanos de tradición ibérica, como a asociados de una gran comunidad política. Aspira a corregir los e-

rrores del pasado, a depurar la herencia política que recibiera de otros presidentes, a interpretar en actos públicos los sentimientos y las aspiraciones de las dos Américas. Mientras impere el wilsonismo en las direcciones de Washington, será la unión panamericana una asociación eficaz.

Republicanos partidarios de la volencia y de la anexión brutal podrán imponerle desde Washington un provisorio eclipse. Volverá a imperar porque los intereses de un pueblo industrial y el idealismo de sus grandes empresas políticas desde la Declaración de los Derechos hasta la abolición de la esclavitud, desde Lincoln hasta Wilson, corregirá esas peligrosas desviaciones en su progreso ineludible.

El wilsonismo anuncia en América largos años de armonía continental. Por él la nación tutelar renuncia a la violencia, respeta a los Estados pequeños, condena viejos y flamantes imperialismos, ofrece una justa paz. Pronto los problemas del Sur recibirán atención y solución de la república cristianísima. El meridiano moral del continente pasa hoy por

Washington. De Jerusalén a la metrópoli federal van las vías de Dios. El cristianismo fundamental resurge en la capital de un Estado democrático y lentamente se funda, como en la decadencia del orbe romano, un nuevo derecho de gentes.

Para conservar su autoridad en el mundo que surge dolorosamente del caos presente; para que se abisme para siempre un orden político fundado en la injusticia y en la violencia, necesitan los Estados Unidos conservar la paz en el Nuevo Mundo, apoyarla en seguras bases, mantener el wilsonismo en sus relaciones con las repúblicas latinas. ¿Cómo infundirán respeto a los nuevos estados europeos si toleran agresiones en el continente dócil a su dirección moral? Si entre pueblos menores, en sociedades semejantes, democracias sin largo pasado, no aciertan a estableser el reino de la concordia; sonreirán los Estados lejanos cuando la república intrusa pretenda enseñarles cómo se conquista la estabilidad.

A los periodistas mexicanos, a los estudiantes, a los diplomáticos del mundo ibero, ha explicado Mr. Wilson su doctrina. En el varón

fuerte habita la dulzura. En vez de admoniciones y manifestaciones de un poder abrupto, la enseñanza de la igualdad. Somos, dice a naciones secundarias, el hermano mayor, *the Big Brother*. Un crecimiento inesperado ha puesto en nuestras manos habituadas a la lucha fuerzas exorbitantes. No podéis oponeros a nuestro predominio. Pero en vez de constituir para vosotros una amenaza, aspiramos a enseñaros como se conquista riqueza, poder, preeminencia. Nuestro oro colmará vuestras arcas, nuestra ciencia construirá rutas y fábricas en la majestuosa soledad de vuestras llanuras. Vamos a colaborar en esta era nueva, olvidando rencores y errores de un turbio pasado. Fundaremos una asociación de repúblicas iguales, para la paz y el progreso económico. No habrá guerra de conquista, usurpación de territorios, provincias bajo aminoso yugo extranjero, en este mundo libre. Si alguna república ataca a su vecina, convocaremos a los demás pueblos y juntos intervendremos para devolver al continente inquieto la estabilidad y la unión. Alguna vez nosotros mismos, animados de espíritu satánico, os lle-

varemos la discordia. Entonces, vosotros todos virilmente congregados contra el fuerte, nos impondréis la paz.

El antiguo imperialismo fracasa y se establece una fuerte sociedad entre países semejantes. La América dividida, insegura, se trasmuta en continente armonioso. Esta admirable realidad exige de todas las naciones enérgica, reforma interior. Antes de ingresar en esa asociación para la paz, vencerán en sí mismos atávicos males, afirmararán el orden, depurarán las finanzas, renunciarán a mediocres luchas periódicas. En el pensamiento de Mr. Wilson lentamente, en relación con este esfuerzo, serán llamadas las repúblicas de ultramar a la futura liga de las Américas.

Cuando Mr. Knox afirma que el monroismo es una política original que los Estados Unidos definen y aplican según su albedrío, sin someter su voluntad omnipotente a normas fijas, *quia nominor leo;* cuando una minoría de senadores republicanos amenaza con esta arma singular a democracias infantes, el wilsonismo se siente amenazado y vencido, pero con él perece la amistad de los dos continentes,

sajón e hispanoportugués.

La América será wilsoniana o se abismará definitivamente el panamericanismo y celebrarán los pueblos de América alianzas parciales con las naciones de Occidente, con Inglaterra, Francia, Italia o Alemania, en el orden de sus simpatías o de sus intereses, aun con el Japón para contrapesar, con fuerzas de Oriente, la abrumadora preeminencia de la República sajona.

El centro de los negocios humanos pasa de Londres y Paris a Wáshington. Allí residen el oro despótico y el nuevo y rudo ideal. Llega para el continente colombiano la hora de las decisiones trascendentales. Mr. Wilson con su flexible doctrina puede agrupar a naciones semejantes. El imperialismo, según la tradición de Mr. Roosevelt, establece entre el Norte y el Sur del Nuevo Mundo separaciones irreductibles. Europa, — no sólo el mundo sajón, sino también las naciones de abolengo latino, — ignora o desdeña a la América española. Ninguno de sus políticos repite la profética frase de Canning; ninguno prepara la alianza de la América y el Occi-

dent europeo contra la futura hegemonía sajona. Ignorancia, augustia de los intereses y de los problemas inmediatos; estrechez de horizontes explican este olvido de la verdadera política, del arte mayor de asociar voluntades y pasiones en todas las avenidas del mundo.

Existe en el nuevo continente un enemigo natural del wilsonismo : Chile. En vano sus políticos, astutos y tenaces, dirigen al Presidente lejano mensajes de adhesión. No se engaña el árbitro moral habituado a discutir con sutiles diplomáticos. Desde hace treinta años, Chile combate franca o insidiosamente a los Estados Unidos, desconfía de su tutela, teme que su propio imperialismo sea castigado por la gran nación que, a despecho de crisis transitorias de su política, mantuvo siempre principios de justicia en el Nuevo Mundo : arbitraje, paz, unión. Esta república ambiciosa y ordenada, que ha aplicado en su vida interior y exterior principios y métodos prusianos, ha combatido siempre el panamericanismo.

Cuando Mr. Blaine quiso poner término a la guerra del Pacífico entre Chile, el Pérú y

Bolivia, oponiéndose a la conquista, reconociendo al vencedor el derecho a una justa indemnización, el noble precursor de la unión americana tropezó con la terca voluntad de Chile. Este prefería la riqueza conquistada, la usurpación de provincias convecinas, a la unión durable con los vencidos. Territorios de Bolivia, del Perú fueron anexados por Chile u ocupados como base de una indefinida expansión.

Terminada la guerra, quedaban Bolivia sin puerto, el Perú empobrecido y mutilado. Entre naciones semejantes, dóciles a presiones comunes, lengua, religión, régimen de gobierno, tradición, una política de apaciguamiento y de olvido pudo restablecer, a pesar de la conquista, los antiguos vínculos rotos por la guerra. Chile había realizado su antiguo ensueño, la hegemonía en el Pacífico. Como Bismarck después de Sadowa, hubieran podido sus hombres de Estado preparar la alianza de estas repúblicas.

Incapaces de previsión, aspiraron a prolongar dolores, a perpetuar en los vencidos, con inútil dureza, el recuerdo de la agresión

y de la conquista. Ocuparon Tacna y Arica, se negaron a consultar la voluntad de estas provincias en un plebiscito libre, mantuvieron en el Pacífico una perpetua inquietud, una injusticia palpitante.

Soy de los que creen en la conversión futura de Chile. Aspirará a que le amen, renunciará a que le teman. Derribará los altares que levantara a la Fuerza omnipotente y no tendrá ya la Prusia caduca una sucursal en el joven Arauco (1).

Otras voces nos llegan de la república austral. Parece que se agita en extraña crisis

(1) He imaginado en otro lugar que un futuro canciller chileno, con la noble franqueza del príncipe de Bade a la *Deutschtum* vencida, dirá a los pueblos de América : « Hemos pecado contra el Espíritu. Es el pecado sin redención. Porque fuimos injustos, es hoy vano simulacro la solidaridad del Nuevo Mundo. Hemos combatido todas las tentativas de acuerdo, todas los ensayos de federación, todas las manifestaciones de armonía y de paz, esperábamos que la riqueza nos redimiera de la mediocridad. Y el oro que conquistamos con la violencia no pudo darnos ni gracias, ni refinamiento, ni el don raro de atraer voluntades. » — Prólogo al libro de C. Rey de Castro. El artículo III del Tratado de Ancón, Paris 1919, p. 8.

de conciencia o de mala conciencia, como diría Nietzsche. Una nueva generación de poetas, de escritores avanza guiada por una estrella remota. El Derecho, la Justicia ingresan con estridente ruido, como palabras no aprendidas en la infancia, en el antiguo vocabulario chileno. Cuando leíamos durante la guerra los discursos de mi amigo Alberto Mackena o de del Campo, los artículos del periodista Silva Vildósola, nos interesaba su curioso esfuerzo para asimilarse ideas ajenas. Aspiraban a hablar la lengua de todos, a sentirse al fin en comunión de espíritu con los pueblos superiores de la tierra.

No dudamos de su sinceridad. Nos sorprende a veces el contraste entre sus ideas y la acción chilena. Defienden el respeto a los tratados y no cumplen el de Ancón que firmaron; lloran el destino de Bélgica y olvidan que trataron con la misma dureza al Perú ocupado; se enamoran de la Justicia y declararon siempre que la Guerra es la regla suprema entre las naciones. Aman a la dulce Francia y piden a Alemania instructores para su ejército, profesores para sus escuelas.

Contradicciones en que se revela su alma desorbitada. Chile abandona su antigua fe; confuso, triste, inseguro en la ardua ruta que lleva a la verdad. ¿Será capaz de regeneración, tendrá el valor necesario para olvidar sus ídolos de ayer? Quizás. Cuando la tierra entera se estremece en gestación de nuevos ideales, ¿ por qué ha de ser condenado al ostracismo moral un pequeño pueblo remoto que no representa para la humanidad ni un peligro, ni un orgullo, ni una esperanza?

Corregido el imperialismo chileno, transformada el alma de la república austral, se congregarán sin esfuerzo los estados del Nuevo Mundo bajo la dirección moral de Estados Unidos. En la Argentina, en el Brasil no hallamos, como en Chile, tradiciones de usurpación y de violencia. Esos pueblos simpáticos maridan en su admirable progreso, el sentido de la justicia y el culto de la fuerza indispensable.

Inglaterra y sus colonias constituyen una Liga de Pueblos. Los *dominios* aspiran a una completa libertad. El mundo sajón se organiza para imponer a razas en constante dis-

cordia sus leyes y sus productos, su lengua y su ideal. A ejemplo de esta unión fecunda, el wilsonismo funda en las tres Américas, la verdadera sociedad de naciones. Tal es su tentativa vigorosa frente al caos. Y cuando Europa decline, cuando la amenace una nueva barbarie, rebelión de clases inferiores, guerra contra el orden y el capital antiguos; podrán venir del mundo más joven, suprema reserva del Occidente caduco, principios claros, hábitos eficaces, un gran olvido de los antagonismos de credo y de sangre, un profundo renacimiento político.

---

PARIS

IMPRENTA DE Mr VERTONGEN

RUE ST-LAZARE, 50

—

1920

THIS BOOK IS DUE ON THE LAST DATE
STAMPED BELOW

AN INITIAL FINE OF 25 CENTS
WILL BE ASSESSED FOR FAILURE TO RETURN
THIS BOOK ON THE DATE DUE. THE PENALTY
WILL INCREASE TO 50 CENTS ON THE FOURTH
DAY AND TO $1.00 ON THE SEVENTH DAY
OVERDUE.

JAN 21 1933
SEP 4 1934
JAN. 15. 35 -
MAY 3 1938
OCT 24 1938
OCT 31 1946
9 Apr'55 PS
JAN 1 1955 LU

14 Nov'58 MH
REC'D LD
JAN 9 1959
23 Jun'59 JB
REC'D LD
MAY 20 1959
24 Jul'62 JE
IN STACKS
JUL 10 1962
REC'D LD
JUL 1
24 May'65 SS
REC'D LD
MAY 26 '65 -10 AM

LD 21-50m-8,'32

Binder
Gaylord Bros.
Make
Syracuse, N. Y.

YB 37984

808446 E771
G3

UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY